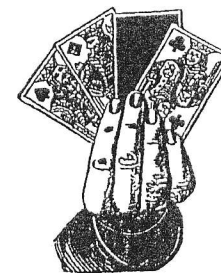


Envidias del alto cielo

CREEN los mayas que al principio de la historia, cuando los dioses nos dieron nacimiento, nosotros, los humanos, éramos capaces de ver más allá del horizonte. Entonces estábamos recién fundados, y los dioses nos arrojaron polvo a los ojos para que no fuéramos tan poderosos.

Yo pensé en esa envidia de los dioses, cuando supe que había muerto mi amigo René Zavaleta. René, que tenía una inteligencia deslumbrante, fue fulminado por un cáncer al cerebro.

De cáncer de garganta había muerto, medio siglo antes, Enrico Caruso.



Noticias

LOS monos confunden al gato Félix con Tarzán, Popeye devora sus latas infalibles, Berta Singerman gime versos en el Teatro Solís, la gran tijera de Geniol corta los resfríos, de un momento al otro Mussolini va a invadir Etiopía, se concentra la flota británica en el canal de Suez.

Página tras página, día tras día, el año 1935 va desfilando a los ojos del Pepe Barrientos, en la Biblioteca Nacional. El Pepe está buscando no sé qué dato en la colección del diario Uruguay, el estreno de un tango o el bautismo de una calle o algo así, y todo el tiempo siente que ésta no es la primera vez, siente que ya ha visto lo que ahora está viendo, que ya ha pasado por aquí, antes ha pasado por aquí, por estas páginas, el cine Ariel estrena una de Ginger Rogers, en el Artigas baila y canta la pequeña Shirley Temple, una franela mojada en Untisal cura el dolor de garganta, arde un navío a ciento cincuenta millas de estas costas de Montevideo, una bailarina de dudosa reputación amanece asesinada, Mussolini pronuncia su ultimátum. ¡Guerra! ¡Ya viene la guerra!, clama un título enorme. Sí, el Pepe lo ha visto. Sí, sí: esa foto, el arquero en plena paloma atravesando la página, el pelotazo del vasco Cea doblándole las manos, esas letras: quizás en la infancia, piensa. Se sorprende de tan largo viaje